

¡OH, ESTO PARECE EL PARAÍSO!

John Cheever

1

Esta es una historia para leer en la cama, en una vieja casa, en una noche de lluvia. Los perros están dormidos y se puede oír a los caballos de silla, Dombey y Trey, en sus establos, al otro lado del camino de tierra que hay más allá del huerto. La lluvia es suave y ha sido deseada, pero no con desesperación. Los colectores de agua están mediados, el río cercano va lleno, los jardines y los huertos —estamos a finales de la estación— están perfectamente irrigados. Están apagadas casi todas las luces del pueblecito que hay junto a la cascada donde, hace ya tantos años, la hilandería producía guinga.

Los muros de granito de la hilandería se alzan todavía en la ribera del ancho río y la casa del propietario de la hilandería, con sus cuatro columnas corintias, corona aún la única colina del pueblo. Podrías pensar que se trata de una aldea soñolienta, sin contacto con un mundo cambiante, pero en el periódico semanal se informa con gran frecuencia sobre Objetos Voladores No Identificados. Los que manifiestan haberlos visto no son solo amas de casa que estaban tendiendo la ropa y deportistas que iban a cazar ardillas, sino que también los vieron destacados miembros de la población, tales como el vicepresidente del banco y la esposa del jefe de policía.

Al atravesar el pueblo de norte a sur, habrás notado que hay muchos perros y que todos estaban alegres y eran, sin excepción, chuchos, pero chuchos con las marcadas características de su mezcla de razas. Puede que vieras a un poodle de pelo liso, un airedale de patas muy cortas, o un perro que empezaba como un collie y acababa como un gran danés. Estas mezclas de sangre —esta novedad de sangre, se podría decir— les había convertido en una jauría vivaz y corrían por las calles vacías, como si llegasen tarde a una importante comida, encargo o reunión, completamente ignorantes de la soledad que, al parecer, padecían algunos ciudadanos. El pueblo se llamaba Janice en honor de la primera esposa